

INTEGRACIÓN REGIONAL Y MUNDIALIZACIÓN

Ing. Roberto Meza

Ensayista, Político, Diplomático y Analista

El cambio constante parece ser el denominador común de la civilización global que nos toca vivir, por eso, los países que consideran su realidad interna como inamovible son incapaces de asimilar los cambios, para ellos, los cambios son algo irracional. Cada vez más, la gente considera al cambio no como algo que enriquece su libertad y su dignidad, sino como una fuerza que promueve la avaricia y la injusticia. Al concentrar tanto la riqueza, -el fenómeno conocido como Globalización y que a otros nos gusta llamar Mundialización- produce más amenazas que oportunidades. Las dificultades para transferir conocimientos y nuevas tecnologías del centro a la periferia, por ejemplo, amplía las desigualdades económicas y someten a algunos países a nuevas formas de colonialismo. Conscientes del fenómeno, muchos creen y de hecho opinan, que una nueva clase dominante manipula la mundialización para su propio beneficio.

Al limitar las perspectivas de crecimiento para tanta gente, el orden económico actual es inconsistente con los ideales de la revolución democrática de fines del Siglo XX, la cual afirma que nadie debe quedarse atrás. Para nuestros pueblos que ahora están marginados del proceso de desarrollo tecnológico, creo que sólo existe una opción viable: una nueva afirmación de sí mismos como Estados independientes integrados regionalmente en todas las formas que les sea posible.

Sólo con la libertad se da la confianza para una mayor participación, lo cual se traduce en una mejor gobernabilidad, tanto en el orden internacional como al interior de los Estados. La ingobernabilidad surge de los marginados o excluidos socialmente que no pueden participar en las decisiones que determinan sus vidas cotidianas. Tanto ciudadanos como Estados se vuelven ingobernables cuando las decisiones las toma una élite cerrada que gobierna transformando al resto en una masa muda.

Los ciudadanos libres, los Estados libres, son los verdaderos arquitectos de la gobernabilidad. Sin una responsabilidad plena e igual, no existe la gobernabilidad duradera.

Eso es lo que los fundamentalistas del mercado, los asesores financieros, ni los tecnócratas, logran entender. No se puede excluir a países, ciudadanos, consumidores, productores, empresarios, obreros y profesionales, de la toma de decisiones que tienen consecuencias sustanciales sobre sus vidas e incluso sobre los valores mismos de la sociedad.

La gente en las democracias consolidadas reconoce que el sistema democrático ha mejorado la prosperidad. Nosotros, en América Latina, sabemos que la democracia tiene problemas para poder vivir en medio de las crisis, pobreza y aislamiento. Preservar los valores democráticos es difícil cuando existen sectores muy amplios que no se pueden integrar al mercado global, cuando la miseria acaba con la dignidad humana y cuando la falta de opciones hace que la libertad pierda su significado.

En los Estados, individualmente considerados, la protección al débil se logra con la aplicación igual de la ley, esto falta volverlo realidad en las relaciones internacionales. Pro para crear un orden internacional basado en la ley y no en la fuerza, ahora que la fuerza económica ha desplazado al poderío militar, es necesario reforzar el multilateralismo y extenderlo no sólo en lo económico sino también en lo político.

Porque en esos Estados el conjunto de procesos y prácticas que reconocemos como mundialización no han sido acontecimientos casuales, ni producto de la fatalidad económica o tecnológica. Son el resultado de una serie de decisiones y acciones cuyo objetivo es la creación de un espacio único, donde pueden circular, sin limitación alguna, bienes, servicios, y sobre todo el dinero, convirti-

do así en la mercadería por excelencia. Este enorme mercado global, que ha sido posible por el desarrollo de las nuevas tecnologías, en particular de la teleinformación, debe, sin embargo, su existencia, a la convergencia de los intereses de las empresas transnacionales y de la política económica de los Estados Unidos, y de los otros grandes Estados desarrollados del hemisferio Norte. Sus instrumentos han sido la ideología ultraliberal y los organismos económicos intergubernamentales: FMI, Banco Mundial, OMC y la OCDE. Por otra parte, la liberalización de todo tipo de intercambios y la supresión de cualquier marco jurídico susceptible de regularlos, forman su doctrina y en ellas asientan su funcionamiento.

Este nuevo orden económico mundial, que privilegia el paradigma financiero y la especulación sobre la inversión, produce consecuencias negativas. Por eso, pretender que el balance actual de la mundialización es positivo, no es más que una interesada farsa. Ya que, si por una parte, el crecimiento mundial en 1999 ha sido de casi el 3.5%, por otra, se ha



Imagen: www.artea.com

Enfoques

acelerado la degradación del medio ambiente, ha aumentado la concentración de la riqueza y la creación de oligopolios, se ha reducido la seguridad en el consumo de alimentos, se han agravado las desigualdades hacia el interior de los Estados, se ha generalizado la criminalidad organizada, la uni formación cultural y parece no tener límites la miseria y el hambre, que han alcanzado cotas insostenibles. Estas dramáticas consideraciones no proceden de la pluma de algún extremista, lo ha escrito Michel Camdessus, en cuanto dejó la Presidencia del Fondo Monetario Internacional y nos lo han recordado también, los líderes máximos en las últimas reuniones del G-7 y del Banco Mundial.

Pretender reordenar este calculado desorden es trabajo inútil. Por ello, insisto, hay que intentar crear una estrategia coherente para enfrentarlo. ¿Cómo? Desde dentro de sí misma, desde el interior de su propio proceso pues su impugnación retórica lejos de debilitarla la fortalece. Puesto que de nada sirve la defensa basada en la soberanía de los Estados-Nación del Siglo XIX, y a que encerrada en sus propios muros, sus planteamientos tienen poco que decir. Porque no se trata de negar la mundialización, sino de asumirla, desconstruyéndola para poder reconstruirla desde una opción de progreso. Los principales protagonistas de esa desconstrucción están integrados a la lucha agrupados en el International Forum on Globalization (IFG), y en el Foro Social Mundial. Estas agrupaciones disputan el terreno a las multinacionales y no se conforman con pequeños parches sociales, sino que, apoyadas en la sensibilidad y la conciencia solidaria, cada día más extendidas, apuntan a otra mundialidad. Tal internacional civil, de membresía dispar y a veces hasta contradictoria, nace a la luz pública en Seattle y se constituye en una punta de lanza de la oposición a los grupos gestores de la mundialización liberal FMI, Banco Mundial, OMC, OCDE. Pero la figura contestataria que esa oposición contiene, oculta la ausencia de propuestas y prácticas sólidas, que, más allá de la anulación de la deuda a los países más pobres y del fin de los ajustes estructurales, propone el control democrático de la gobernanza del mundo y una mundialización alternativa presidida por la solidaridad.

Ahora bien, junto a ese trabajo ciudadano popular, cabe una acción social institucionalizada como declamamos antes, cuya vía más práctica parece ser la creación de multitud de polos mundiales, es decir, la segmen-

tación en espacios interrelacionados y que estos sean autónomos. Me refiero al nacimiento de áreas unificadas de la misma naturaleza cultural, así como política y económicamente estructuradas, tal como lo vive la Unión Europea que es el ejemplo más logrado.

La necesidad de crear o promover otras macroáreas, entre ellas la que representa América Central, que a pesar de los grandes obstáculos con que tropieza su integración, ha constituido desde su independencia, un permanente proyecto común. Proyecto común que ha generado diversos procesos de institucionalización global de desigual fortuna, pero que sí ha contribuido a definir las condiciones para acabar lográndolo. El lanzamiento del Mercado Común Centroamericano de 1960, la Institucionalización del Parlamento y la Corte Centroamericana de Justicia, así como la fundación de la Secretaría Permanente (SICA) han puesto de relieve la voluntad, y al mismo tiempo, las dificultades, de agrupar al conjunto de países centroamericanos, aunque sea limitándose en un primer momento a establecer foros de entendimiento común.

De aquí nace el convencimiento de que hay que proceder subregionalmente y paso a paso. Lo que no acaba de suceder por la prevalencia de los intereses nacionales más coyunturales e inmediatos y por la ausencia de una voluntad política integradora. Dada la dificultad de transformar a los partidos y políticos nacionales en partidos de una nueva área común, porquetodos temen que la transformación los derribe del caballo, sólo se puede contar con los actores de las sociedades civiles de los países involucrados.

En ellas, y atendiendo al ámbito económico, que es el más inmediato, los primeros actores a tomar en cuenta deben ser los pequeños y medianos empresarios que constantemente están contribuyendo al crecimiento de los intercambios regionales. El balance de la experiencia con todas las dificultades ha sido muy positivo y el mayor impedimento con que sigue tropezando es la falta de un mecanismo eficiente que resuelva los litigios comerciales, véase sí no, la crema, el queso y los pollos. La creación de una instancia de arbitraje, flexible y diversificada por sectores y materias, promovida y apoyada por los Presidentes de las Cortes Supremas, puede ser una herramienta que, sin las pretensiones ni las suspicacias que suscita el Tribunal Supremo común, que tiene su sede en Managua, resultaría muy eficaz.

Esto me lleva a considerar a otro de los grandes protagonistas del Mercado Común, los profesionales de la Justicia y el Derecho, sobre todo los jueces y los abogados que son determinantes para el destino de la integración. Porque hay que dotar de reglas al Mercocomún y aplicarlas, ya que un mercado sin reglas se vuelve un mercado de mafias.

En resumen, para desmontar esta mundialización salvaje y monopolista, lo primero es reducir la dominación del espacio global, único y desregulado, mediante un conjunto de macromedidas que hagan posible funcionar a las distintas comunidades territoriales y sociales de cada área. Pero esta fase preliminar no basta. Hay que acometer al mismo tiempo el alumbramiento de la otra mundialización. Porque no se trata de humanizar la mercantilización del mundo compasivamente, pues compasión no es una respuesta política, sino de gestar una ciudadanía democrática. Pues sólo un mundo de ciudadanos comprometidos con la democracia puede producir una mundialización solidaria.

Como no se puede revertir la tendencia globalizadora, según ha quedado demostrado en las páginas anteriores, hay que aceptar el desafío y aprender rápidamente el conocimiento y la tecnología de punta. Para ello es esencial cambiar los sistemas educativos con orientación hacia la mejora de los procesos productivos, en donde un mayor saber le dotará al ser humano de mejores ingresos, y con esto retendremos a los talentos nacionales que se fugan del país para trabajar en los países desarrollados, porque la emigración no sólo es de mano de obra sino también de médicos, ingenieros y profesores que buscan lejos de nuestro país un mejor salario. En este aspecto, bien lo sabemos, se está produciendo también una globalización, alentada por motivos foráneos de atracción a nuestros talentos.

La mundialización también implica la operación libre de las transnacionales en todos los ámbitos del quehacer económico, ya ahora encontramos fábricas que son vendidas a las transnacionales, cuando la política debería ser más bien que las empresas del área se posicionen mejor en nuestros mercados, para enfrentar a los foráneos que vienen a desplazarlos de los buenos negocios. Entonces la mundialización no sólo se queda en la privatización de las Empresas de servicios públicos, sino también en la compra de Empresas nacionales, en cuyo caso sólo funciona el afán de lucro y soslaya las consideraciones del apego a un país, a un territorio, a una sociedad o a una patria.